

y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

ED. ¡Señor! ¡Qué de bondades!

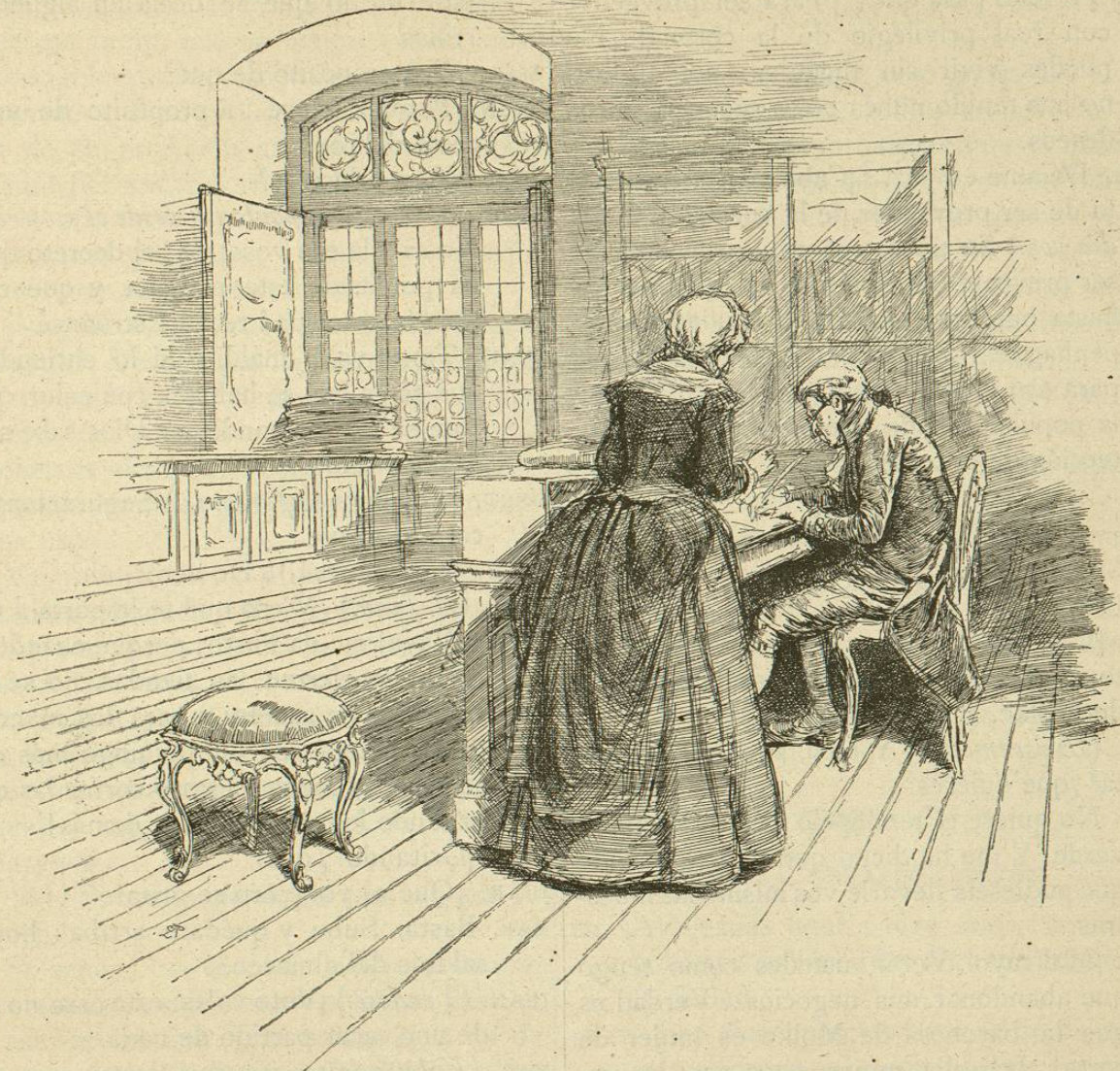
RANT. Os doy además un aviso, á vos, sólo á vos, bajo la fe de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto; esto pudiera acarrearle disgustos.

ED. ¡Cielos! ¿Está amenazada su libertad?

RANT. No sé nada, pero no sería imposible. En todo caso, ya estáis avisado; vos y vuestros amigos no le perdáis de vista; y sobre todo, silencio.

ED. ¡Ah! primero me dejaría matar que soltar una expresión que pudiese comprometeros. (Tomando la mano de Rantzau.) Adiós señor, adiós. (Sale.)

RANT. ¡Excelente muchacho! ¡Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (Con tristeza.) ¡Ah! ¿por qué no había uno de poder estar siempre en los veinte años? (Sonriéndose.) Aunque, por otra parte, ¡mejor está así! ¡sería uno muy fácil de engañar! ¡Vamos al consejo! (Vase.)



## ACTO SEGUNDO

Tienda de Berton Burkenstaf.—En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra.—A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detrás libros de caja y de muestras.—A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

### ESCENA PRIMERA

BERTON, MARTA

(Berton está delante de su mostrador, y su mujer en pie á su lado, con varias cartas en la mano.)

MAR. He aquí pedidos para Lubek y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetán.

BER. (Con impaciencia.) Bien, mujer, bien.

MAR. Y cartas de nuestros corresponsales, á las cuales es preciso responder.

BERT. Ya ves que ahora estoy ocupado.

MAR. También es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.

BERT. (Irritado.) ¡A un tapicero!

MAR. ¡Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

BERT. Escribir á un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.

MAR. ¡Tú!

BERT. ¡A la reina-madre! una petición que la dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la reina-madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, mujer, cómo me ha recibido esta mañana, y á qué altura me hallo con ella.

MAR. ¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

BERT. ¿Qué bienes, eh? Se conoce que no eres más que una simple mujer, y una mujer simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios... ¿Qué bienes? ¡Oiga! Crédito, favor, consideración... seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el estado... algo, en fin, algo.



MAR. ¿Y todo para qué? ¿Para ser proveedor con real privilegio de la corona! ¡No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

BERT. Déjame en paz... ¡Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (*A media voz.*) Se trata, señora Burkenstaf, de ser prevoste del comercio, y ¿quién sabe? hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí, señor, lo he dicho, que para eso y para más hay favor... ¡Eh! con la popularidad de que gozo y con la protección de la corte... ¡Uy!

## ESCENA II

JUAN, BERTON, MARTA

JUAN. (*Con géneros debajo del brazo.*) Aquí estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

BERT. (*Bruscamente.*) Y bien, ¿qué me importa? ¿qué quieres?

JUAN. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraría de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

BERT. ¡Mal rayo! Verán ustedes como tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molke es mujer de corte... Irás allá, mujer; estas son incumbencias tuyas.

JUAN. Además traigo aquí...

BERT. ¡Otra vez! no acabará nunca.

JUAN. (*Enseñándole un saco.*) El dinero de las veinticinco varas de tafetán...

BERT. (*Cogiendo el saco.*) ¡Voto val! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco.*) Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir.*) Sí, señora... á Vuestra Majestad es á quien...

JUAN. (*Pasando á la derecha, y sopésando el saco.*) Da vergüenza, ¿eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

MAR. (*Deteniéndole.*) Oiga usted, señor Juan. Me parece que ha echado usted bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenía que desempeñar.

JUAN. ¡Ah, maldita!... ésta está en todo; no es como el amo. (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles

para oír lo que se decía en algunos corrillos.

MAR. ¿Y á propósito de qué?...

JUAN. Pardiez, no sé... á propósito de un decreto del rey.

MAR. ¿Y qué decreto?

BERT. (*Con aire importante desde el mostrador.*) No sabéis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confía toda la autoridad real á Estruansé.

JUAN. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

BERT. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

JUAN. (*Con alegría.*) ¿De veras, eh?

MAR. (*A Juan.*) ¿Y eso que te importa á tí?

JUAN. ¡Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruido, se cierran las tiendas, no se hace nada: día de asueto; y para los mancebos de las tiendas es un domingo más en la semana; ¡y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demás!

MAR. ¡Gritando! ¿qué?

JUAN. ¡Qué sé yo! ¡pero se grita!

MAR. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacén.

JUAN. (*Yéndose.*) ¡Voto val! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

MAR. (*Volviéndose y viendo á Berton, que entre tanto ha tomado su sombrero.*) ¡Oiga! y tú, que estabas tan ocupado, ¿adónde vas?

BERT. Voy á ver qué es eso.

MAR. ¿Tú también?

BERT. ¡Está bueno! ¡Pues no tiene miedo ya, ¡las mujeres son el diablo! Mujer, no tengas cuidado; no voy más que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y soltar cuatro expresiones de peso en favor de la reina-madre.

MAR. ¿De la reina-madre? ¿Y qué diablos de falta te hace á tí su protección? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la protección de nadie; se ríe uno de los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno rey en su casa; estate en la tuya... tu obligación está en tu almacén.

BERT. ¿Es decir, que no sirvo sino para medir terciopelo? ¿es decir, que tú tienes en poco el comercio?

MAR. ¿Yo tener en poco el comercio? ¡yo, que creo que es la profesión más útil al estado,

y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo en fin, que no conozco nada más apreciable que un comerciante que es comerciante. Pero si él mismo se avergüenza de su profesión, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... y cuando dices necedades como palaciego, ¡maldito si puedo apreciarte como comerciante!

BERT. ¡Magnífico, señora Burkenstaf! ¡Brava arenga! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna á su marido, cada mujer del reino se cree con derecho á gobernar el suyo... Y vos, que tanto despreciáis la corte, pudierais dejar de imitar sus usos.

MAR. ¡Vaya, vaya! olvida á la corte, como ella te tiene olvidado á tí, y acuérdate más de lo que te rodea. ¿Estás ya cansado de ser feliz? ¡No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una mujer que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaría, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

BERT. ¡Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

MAR. Sí, señor... esa es mi ambición, mi asunto de estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. ¿Qué se me da á mí de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso más que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refrán: *Zapatero, á tus zapatos...* ¡eso es!

BERT. (*Impaciente.*) ¿Y quién te dice lo contrario?

MAR. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todos los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambición han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos días con él al campo.

BERT. ¿Y qué quieres? ¡Michelson! ¡Michelson! un mercader de paños que no es nadie en

el estado... porque, al fin, vamos á ver, ¿qué es?

MAR. Es nuestro amigo; pero ¡ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambición no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que había de entrar en la secretaría de un gran señor, de donde no ha sacado más que disgustos, que tiene todavía la delicadeza de ocultarnos.

BERT. ¡Cómo! ¿es posible? ¡mi hijo! ¡mi hijo único es desgraciado!

MAR. ¿Y no lo has echado de ver? ¿ni siquiera lo has sospechado?

BERT. Esos son asuntos domésticos... ¡yo no me meto en eso! ¿para qué estás tú aquí? ¡Yo estoy siempre abrumado de negocios!... ¿Y qué quiere? ¿qué necesita? ¿Dinero? Pregúntale cuánto... ó más bien... toma... ahí tienes la llave de la caja: dáselo.

MAR. Silencio, ¡aquí está!

## ESCENA III

MARTA, EDUARDO, BERTON

ED. ¡Ah! ¿estáis aquí, padre mío?... temía que hubieseis salido. Hay alguna agitación en la ciudad.

BERT. Eso dicen; pero todavía no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

ED. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aún sin motivos fundados. Sois el negociante más rico del barrio; tenéis alguna influencia; y no os mordéis la lengua para hablar del favorito y de su mujer. Esta mañana en palacio, sin ir más lejos...

MAR. ¿Es posible?

ED. Puede llegar á sus oídos...

BERT. ¿Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre oscuro y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrían.

ED. (*A media voz.*) Acaso os equivoquéis, padre mío; ¡y si se atrevieran?

BERT. (*Espantado.*) ¡Eh! ¿qué dices?... no es posible.

MAR. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué será de nosotros?



- ED. Tranquilizaos, madre mía; no os asustéis.
- BERT. (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba, no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos á ver... ¿y quién te ha dicho?... ¿Por dónde lo sabes?
- ED. Lo sé de buena tinta: por una persona que está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podéis creerme.
- BERT. Te creo, hijo mío; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, ¿qué debo hacer?
- ED. La orden no está firmada todavía, pero puede estarlo de un momento á otro, y lo más sencillo, lo más prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos días...
- MAR. ¿Y dónde?
- ED. Fuera de la ciudad, en casa de algún amigo.
- BERT. (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán á buscar... es un excelente hombre, que no se mete con nadie... que sólo se ocupa en su comercio...
- MAR. ¡Hola! ¡ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!
- ED. ¡Madre mía!
- MAR. Tienes razón; pensemos sólo en ponerlo en salvo.
- ED. Hasta ahora no hay peligro, ¡pero no importa! Os acompañaré, padre mío.
- BERT. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrías algún respeto á esas gentes, cuidarías de nuestros almacenes, y tranquilizarías á tu madre, á quien veo ya llena de miedo.
- MAR. Sí, hijo mío, quédate.
- ED. Como gustéis. (*Viendo á Juan, que baja la escalera.*) Así como así, Juan puede acompañar á mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.
- JUAN. ¿De veras? ¡qué bueno! ¿la señora lo permite?
- MAR. Sí, saldrás con tu amo.
- JUAN. Sí, señora.
- ED. Y no te separarás de él.
- JUAN. No, señor.
- BERT. Sobre todo prudencia; pocas habladurías; poca curiosidad.
- JUAN. Sí, señor; ¿hay algo, pues?
- BERT. (*A media voz á Juan.*) La corte y el misterio están echando chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme... ¿y quién sabe?...
- JUAN. ¡Oiga! ¡Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaría en todo el barrio; ya me veríais á mí, amo; ¡veríais qué zalagarda! me oírían los sordos.
- BERT. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.
- MAR. Eres un buscarruidos.
- ED. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.
- JUAN. (*Aparte tristemente.*) (No habrá nada... Tanto peor... ¡yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!)
- BERT. (*Que entretanto ha abrazado á su mujer y á su hijo.*) Adiós... adiós... (*Vase con Juan por el foro: Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.*)

## ESCENA IV

MARTA, EDUARDO

- MAR. ¿Me das palabra de que le volveremos á ver dentro de dos días?
- ED. ¿Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas, y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos así.
- MAR. ¡Qué feliz seré entonces! ¡cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... ¿qué tienes? ¿De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?
- ED. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mí... acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo.
- MAR. ¿Qué dices?
- ED. (*Con más resolución.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... ¡oh! imposible; no me hubiera determinado jamás.
- MAR. ¿Marchar? ¿Y lo escucho? ¿Y por qué?
- ED. Quiero ser militar; he pedido una charretera.
- MAR. ¡Tú, Dios mío! ¿Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que

- abandones el hogar paterno? ¿Te hemos hecho por ventura desgraciado? ¿Te hemos dado algún disgusto? Perdónanosle, hijo mío; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...
- ED. ¡Vuestras faltas! ¿vos, señora, la mejor y la más cariñosa de las madres?... No, sólo acuso á mi suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.
- MAR. ¿Pero por qué? ¿Hay algún sitio en el mundo donde seas más amado que aquí? ¿Qué te falta? ¿Quieres brillar en el mundo? ¿Quieres eclipsar á los más ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispón de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico y yo te lo agradeceré, porque para tí y sólo para tí trabajamos y atesoramos; esta casa, esos almacenes, todo es tuyo... ¡absolutamente tuyo!
- ED. Basta, señora, basta: no los quiero, no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. ¡Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesión que ejercéis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperación, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazón!...
- MAR. ¿Qué dices!
- ED. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, ¿á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habíais criado con demasiado esmero; acaso...
- MAR. ¡Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educación mejor, más cara, esa hubieras recibido...
- ED. No habéis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...
- MAR. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.
- ED. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los días enteros al lado de Carolina, su hija única, se me ofrecían mil ocasiones de verla, de oírla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el más pequeño de sus encantos... ¡Ah! si hubierais podido apreciarla en su justo va-
- lor como yo todos los días, si la hubierais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta, que ella sola parecía ignorar su mérito, un alma tan noble, un carácter tan generoso!... ¡Ah, si la hubierais conocido, madre mía, hubierais hecho lo que yo! ¡la hubierais adorado!
- MAR. ¡Cielos!
- ED. Sí; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creáis que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazón, ni me ha pasado nunca por la imaginación declararle un amor que hubiera querido ocultarme á mí mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos más perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbación, porque al verla todo lo olvidaba; ¡cuán feliz era! ¡Ah, y esta felicidad se ha concluido para siempre!... Ya sabéis cómo el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, cómo me ha arrojado de su casa, y que desde este día no ha vuelto á haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.
- MAR. Es verdad.
- ED. Pero lo que no sabéis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver más de cerca á Carolina, ó más bien las ventanas de su habitación; uno de estos días no sé qué especie de delirio se había apoderado de mí... mi razón me abandonó, y, sin saber lo que me hacía, penetré en el jardín.
- MAR. ¡Qué imprudencia!
- ED. Cierto, madre mía, porque yo no debía verla... y, á no ser por esa, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me había visto, nadie, sino un fatuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa. Era el barón Federico de Geler, sobrino del ministro de Marina, que todas las noches, según parece, venía á hacer valer su... Sí, madre mía, es su prometido, el que se va á casar con ella... Yo no lo sabía entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hacía él experimentaba: así que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero: «¿Adónde vais? ¿quién sois?»